

JUAN ENRIQUE ACUÑA

EL RÍO



EDITORIAL FUTURO
BUENOS AIRES

Material digitalizado exclusivamen-
te con fines educativos, culturales y
de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

[Faint, illegible handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page.]

Al amigo Rolando Olmedo,
con la adhesión cordial de

Acañay

Bs. As., octubre de 1950.-

5/c Paraná 608, 4º, Izq. - Bs. Aires

Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

EL RÍO

Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

OBRAS DEL AUTOR

TRIÁNGULO, *poemas* (en un volumen con Manuel A. Ramírez y C. Felip Arbó). Posadas, 1936.

LA CIUDAD SANGRANTE, *romances*. La Plata, 1939.

EL CANTO, *poemas*. Buenos Aires, 1945.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
1950. Año del Libertador General San Martín

JUAN ENRIQUE ACUÑA

EL RÍO

(1945 - 1950)

Viñeta de Sigfredo Pastor



EDITORIAL FUTURO

BUENOS AIRES

Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

Material digitalizado exclusivamen-
te con fines educativos, culturales y
de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

EL RIO

VIVA médula, curso que despoja
de eternidad al alto cielo y suma
nubes al monte, ramas a la espuma,
y al pez y al agua juntamente aherroja.

A quien no basta el roce de la hoja,
la lengua numerosa de la bruma,
ni los espejos que la tarde esfuma
cuando en ramas de luz en él se moja.

Quien por ser agua en lúcida corriente,
con una polca y su cantor ahogados,
triza la imagen de Narciso y siente

que la piel del verano se desgarrar,
mientras hierven sus saltos sublevados
y lo sigue el amor con su guitarra.

1



Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

PRIMER POEMA

CORRE el agua asombrada de su nombre:
metal del tiempo,
pesadumbre de la luz que pugna
por encontrar su cauce,
sustantivo carnal
que designa al verano y su criatura.

En la orilla selvosa
vela el amor con sus terribles ojos,

con sus manos florales,
y el agua desenvuelve sus figuras
—remolino, remanso y corredera—
en la tarde dorada
de agreste soledad, ¡oh islas, barcos
anclados en la luz, olas de orgullo,
verdes senos del aire!

Es el río natal. Miro su cuerpo
de ensimismado oleaje,
donde el horror navega
con su fanal ensangrentado; miro
sus flancos que el olvido no aprisiona
—puertos del odio, tajos
que las lluvias del monte han invadido,
bocas llenas de yuyos,
machetes oxidados por la sangre—,
y veo cómo corre,
cómo persiste su flúido designio
de beso y movimiento:
viva guitarra sin cesar herida
por el aire de octubre.

Escucho cómo canta
su antigua voz, su idioma golpeado
por lapachos y orquídeas,
por mi propia ternura,
por estas hojas que el verano acrece:
coro de furia y júbilo
con una escama de oro rebelada
en medio de la espuma.

Es el río natal y es mi guitarra:
Luz y sonido en que el paisaje dura
con sus perfectas islas
y el alma se contempla eterna, clara,
como un beso en el aire;
sonido y luz en cuyas olas fluyen
hacia una dicha perdurable
nuestros sueños más puros.

La corriente entrañable
dialoga con mi amor,
moja su piel, se duerme en sus cabellos,
me sumerge en su polca secular,

donde la yerba habita
con su verde amargura triturada
y el tabaco reluce
como el cuerpo de un héroe,
y entonces me descubro, soy la brizna
arreatada y lúcida que brilla
sobre el agua implacable,
¡oh móvil hermosura, luminoso
equilibrio que vamos conquistando
por la gracia del hombre!

SEGUNDO POEMA

INCLINADO a la tierra, requerido
por su verano, busco
lo desnudo del agua,
la voz profunda con que nombra el río
su terrestre pasión
por este cuerpo del amor: las islas
que abandonan su verde en la corriente;
las altivas barrancas,
amantes sólo de la luz y el aire;
los cerros que sumergen
en dulcísimo azul la áspera selva.

Oh paisaje natal, oh poderosa
comunidad de tierra y sol: ¿qué escuchas
cuando entregas tu fuego,
tu calidez original, al agua?

Ella corre y murmura.
Es un susurro solamente, apenas
el grito de una hoja que naufraga
con su araña o su hormiga
—pequeños dioses de la selva, seres
cuyo ínfimo clamor no llega al cielo—,
o el húmedo vaivén,
el rumor que en la playa se demora,
la secreta guarania
que en las guitarras de la siesta gime.

Corre el agua y su lengua
de ternura y violencia no reposa.
¿Pero acaso su voz
brilla sólo en la espuma que el dorado,
dominándola, enjoya,
o en el lánguido espejo de la tarde

que orna el amor con sus violetas cuando
los besos y las nubes
se hieren dulcemente?

Su voz viene de lejos,
desde remotas piedras donde el tiempo
veló la soledad
del vegetal y el saurio,
y modeló la majestad del tigre,
y una noche de asombro
oyó latir el corazón oscuro
de las tacuaras indias,
su monótono son,
su idioma elemental, como de venas
rotas a golpes.

El tiempo es lento y la maraña espesa,
mas desde el fondo incierto,
desde la entraña original y agreste,
llega la voz del hombre,
su grito, su murmullo, como un tronco
con una flor, boyando en la corriente.

Es el viejo sonido
de la sangre que clama en los remansos
donde el crimen dejaba
su lívido cadáver;
y el grito del tabaco
que el colono abandona en los caminos;
y las sílabas ácidas que bajan
con el sudor del monte,
empujando los lentos alzaprimas. . .

¡Cuánto dolor y cuánta
voluntad apretada como un puño
sobre el agua y la luz!

Ésa es la voz que el corazón escucha.
Hay un dios en el centro
de tanta reciedumbre luminosa,
una médula ardida
en la serpiente que el canal dibuja,
una piel de mortal padecimiento
y de limpio donaire
sobre ese cuerpo de humedad y siglos:
¡Suya es la voz que canta!

TERCER POEMA

(Mensú asesinado)

EN TU rostro,
mojado por el tiempo y la injusticia,
la piedra mora que sustenta el humus
y el rosado asperón
que aprisiona la brisa en las barrancas,
entre verdes palmeras,
han hallado su forma,
su gesto de perenne amor,
su pétalo terrible y la ternura

que la selva inviolable ha guarnecido
con las rosas del cedro.

Piedra entre verdes infinitos,
transitorio cimiento del verano,
tu rostro,
tu golpeado rostro de hombre,
más de tabaco que de piedra,
como una oscura hoja de tabaco
meciéndose en el sol, lenta, nervada,
con su jugo terrestre donde anida el verano.

Y has llegado hasta el río sin saberlo,
te sumergiste en él porque la muerte
te quemaba ya el alma;
y vas a la deriva
lento, tranquilo, como un héroe,
como si aun tu boca continuara modulando
el idioma natal;
vas mostrando las cuencas de tus ojos,
visitadas de peces,
donde mi canto tiembla y las guitarras:

huecos horribles del amor
abiertos a la última caricia,
al largo beso húmedo del agua.

Toda la selva en ti, tronco desnudo,
grita hacia el sur, navega,
oh barco sumergido,
guaviroba de lapacho socavada
a fuego de tizón y golpes de hacha;
grita, se arrastra,
ebria de espuma en las restingas,
cariñosa de luna en los remansos,
con tu pelo que prolonga el agua,
alga nocturna entre las olas prolongando
la retorcida liana de tu grito,
esa luz que aun reluce en el machete
cuando el terror postrero
es ya una sombra, una burbuja
de barro removido.

¡Oh rostro solitario,
sapucái vuelto piedra,

polca deshecha sobre el agua!
Escucha al grillo, al pájaro nocturno,
rememora la orquídea,
el desmante, la yerba,
el sabor de la caña y las naranjas,
la guarania que empuja el viento norte,
mira a tu amante en júbilo de verdes,
rostro salvado por las olas, mira:
la selva por la orilla te acompaña.

CUARTO POEMA

1

CUANDO la sombra deja sobre el agua
su involuntario beso
de soledad y espanto,
y en lo agreste el silencio se acoraza
de sonoras espinas,
algo tiembla escondido en las guitarras
y los tizones arden
con su fulgor antiguo.

23

Es la hora en que el hombre reivindica
su dimensión, sus manos,
cuando el sudor acalla su salobre
palpitación, y el mate
lo congrega en su cálida costumbre.

Hace entonces del fuego,
de su oriflama grácil y terrible,
un dios indispensable, a quien adora
con un rostro de cedro
recién labrado por el hacha y ojos
de secreto tabaco,
cual si la propia tierra
con su gesto se hubiera iluminado.

Y en tanto ilustra su silencio grave
con memoria y ensueño,
la sombra cruel, inmemorial, agobia
su espalda vulnerable,
su corazón transido.

—¡Oh noche de la selva,
dulzura primitiva, paz cercada
de rumor y misterio,
transitoria muralla de hojas negras!

En su nombre te invoco: no perturbes
la delicada gravedad, el aire
de oculto mediodía
que anda en táticos gritos
por su garganta de asperón profundo;
permite que te invadan
sus guitarras viriles, su sonido
de verdor perdurable;
deja que sienta tu esplendor y vea
cómo es de troncos y hojas
tu espesa arquitectura.

Acógelo en tu gracia,
sobre la agreste orilla que libraste
a la sed animal,

a la morosa pulcritud del cielo,
y enfréntalo al gran río,
allí donde tu piel
lujosa de astros cálidos sumerge
su mariposa, el ala
que rescata al crepúsculo, salvando
su frágil terciopelo.

Allí donde sentimos,
¡oh noche de la selva!, que eres dulce
como una cabellera derramada
sobre el pecho glorioso.

2



Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

QUINTO POEMA

LLEGASTE junto al río
para que yo te amara,
para que algo perenne y delicioso
como el viento o la gracia de las nubes
en ti creciera delicadamente.

Yo estaba allí, inclinado
sobre el misterio ardiente de la selva.
Quizá mi corazón jugara entonces

con el cielo sumergido entre los peces
o buscara ya el rumbo de los muertos,
el peso de mi voz,
mi selva.

¿Qué parte, amor, de soledad trajiste
como una rara orquídea entre tus manos?
¿Cuánto era mío, entonces.
del cerro de ternura,
más allá de tus ojos, donde todo
paisaje se confunde con el cielo,
como se hunden las nubes y los montes
en el fondo del río?
¿Quién preparó la huída?

¡Ah, qué hermoso era entonces comprender
la caricia del agua
en la brizna donde el insecto escucha
como un pequeño dios,
extático!

El río, en tanto, que lo espera todo,
que apresa el vuelo de las mariposas
y sabe de la muerte
más que la muerte misma,
el río estaba allí, y nos miraba.
Nos mira todavía.

Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

SEXTO POEMA

(Polca)

DORMÍAS a la sombra de las aguas natales
y yo te vigilaba.

En la costa del río
latías con la selva y los insectos,
y una víbora urgente
trepaba por el centro de tu alma
buscándome la voz.

¡Cuán poco yo te amaba entonces,
oh amor hecho de sangre,
oh herida de lujosas urracas y lapachos!
¡Cuánto ignoraba entonces,
lamento de guitarras,
de tu cuerpo tendido en las orillas!

Yo velaba a tu lado
sin guitarra, sin voz, músico triste,
llorando los cadáveres del río;
pero en mis manos ardían tus cabellos,
tus olas, la nostálgica
prolongación del llanto sobre el agua.

Para suplirte, oh música, yo acaricié tu pelo,
la carnal armonía de tu cuerpo dormido.
La amarga soledad del monte
me sumergió la boca.
Azoté mis lapachos, desenredé mis lianas,
y un lamento de pájaros tristísimos,
cantando por tu venas,
derivó aguas abajo con los muertos.

Y en el doble remanso de tus senos,
tan dulcemente agrestes,
como verdes aullidos cayeron las barrancas.

Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

SEPTIMO POEMA

Busco el amor
cuando anegas el ocaso con tu voz lejanísima.

Tú ignoras
cómo la lluvia moja los árboles del monte;
no sabes
en qué tronco, en qué yuyos
ocultan los insectos su temblor.
Pero estás en la tarde como un río,

persistente y segura,
hermosa en tu hermosura de sangre delicada.

Yo desciendo por las ramas del aire
hasta tu rostro
mojado de antigüedad como la tierra,
hasta tu ser
de gimientes raíces melancólicas.

¡Oh amor
inclinado hacia la dicha
de una profunda gracia,
eterna ya en los labios que nombrarán tu gloria!

Persistirán tus hojas, amor mío,
en otras tardes vivas sobre el pecho del hombre,
como si fueran pájaros
o flores encendidas por el sol del verano.

En tanto, mira el mundo.
¡Mirame aquí, transido entre los árboles,
cayendo sobre ellos

con mis verdes palabras y mis ojos,
mientras la noche reúne a sus luciérnagas,
y tú no sabes nada,
y yo desciendo
buscando las raíces de la selva!

Material digitalizado exclusivamen-
te con fines educativos, culturales y
de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

OCTAVO POEMA

NO ME niegues tu líquido instrumento,
selva inmortal,
ni tus pájaros tímidos,
ni esa lujuria agreste que se azula
como un beso en los párpados.

Ven a tejer tus lianas
donde la sombra impera todavía;
prolonga tu sustancia tropical
sobre mi sueño herido de este tiempo sin tregua;

condúceme a la grave dignidad de mis ríos,
a mis aguas profundas,
oh ternura.

¡Oh amor, amor tan delicado y puro,
aspiración del agua, nombre
propicio a la madera y a la orquídea,
niña de piel dorada
como la tarde, amiga indestructible!

Si tú me nombras con tu voz de arena,
si enrojeces el labio de la noche
con tu beso infinito,
si acecha el mediodía en tus cabellos,
yo recupero mi canción,
mis íntimos lapachos, su bandera
de ruboroso octubre,
y el agua corre simplemente
como fluye tu nombre en mi poesía.

3



Material digitalizado exclusivamen-
te con fines educativos, culturales y
de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

NOVENO POEMA

*para que podamos mirar y tocar
sin pudor
las flores, si, todas las flores...*

JUAN L. ORTIZ.

CUANDO la muerte cae sobre la tierra
como una bandera desolada
y el alarido empuja por los campos
sus manadas oscuras,
¿qué voz, sino la voz del anatema
tiene derecho al canto?
¿Qué boca más pura que la herida?
¿Qué canción, sino ese llanto inmenso
que se muerde los puños entre escombros?

¡Ah, soportar este dolor,
este tiempo manchado de soledad,
de inicuo acecho!
¡Ah, llegar hasta el día de las flores
con nuestro herido pétalo de espuma
para decir: miradme,
yo he salvado la gracia de la orquídea
sobre los altos troncos!
Para gritar: ¡No me lloréis, miradme!
Olvidad, si queréis, mi nombre oscuro,
romped la rosa que me espera,
pero miradme.

Aquí estoy suspendido
entre la sombra y la esperanza,
con mis frágiles cabellos al viento de la historia,
con mi piel,
como una flor de nervios,
quemándose azotada por la gracia
de una canción tremenda.

Nadie aparte los ojos de esta rama
ni de sus breves hojas obstinadas.

Esta es la herencia que tiembla entre mis manos:
aun guardo mis caricias,
porque las formas del amor perduran
como los besos en el aire de las tardes;
guardo mis sueños todavía, los protejo
entre cedros carnales y lapachos
y el rumor de mi carne resuena sin descanso
sobre la tierra.

¡Oh día de las flores!
No te verán mis ojos que la sangre ha cegado,
ni mi fervor pequeño tendrá sitio en la hierba,
entre los frescos corazones
y las manos perfectas con las que sueña el aire;
pero mi voz acercará estas olas,
esta entraña de peces temblorosos.

¡Haz que lleguen mis aguas tropicales
hasta esa orilla, amor, de la ventura!

Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

DECIMO POEMA

ME ESTÁ doliendo el canto.

La vieja selva del dolor me hiera,
me nombran sus azules mariposas,
el sudor y la sangre,
y erguidos troncos de madera heroica
me llaman a su sombra,
mientras tú corres, milenario y fresco,
junto a mi sed, oh inagotable fuente,
delicada y terrible.

Haz que esta voz antigua
pueda hundirse en tus aguas,
ser feliz nadadora de tus ondas,
desnuda luz sobre el desnudo curso
de tu destino, oh río
pulsador de guitarras tropicales,
sabio en cadáveres y en remolinos,
nocturno confidente
del tigre y del venado, dulce amigo
de jangadas y barcos.

Acéptame en tu orilla, como admites
la modorra del saurio
en la cálida arena de las siestas;
permíteme que trepe a tus barrancas,
miradores celestes
donde tiemblan las hojas del crepúsculo
y huye la infancia con los pies descalzos,
perdida ya, soñada,
quizá dormida entre estas manos turbias
que acarician tus olas.

Ella es la prenda de este amor: anduvo
entre látigo y polcas,
el guaraní la regaló y la muerte
navegó aguas arriba con su asombro:
era un dios tan pequeño
entre dolor tan grande,
que ahora me duelen cada arena tuya,
cada morosa isla,
y tú mismo me creces por adentro
como mi propia sangre.

Material digitalizado exclusivamen-
te con fines educativos, culturales y
de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

UNDECIMO POEMA

Hoy siento que mi voz perdura
cuando el árbol declina sus cigarras
en el crepúsculo
y un aire reposado anuncia
la desnudez más pura del ocaso.

La voz que me desborda,
la íntima forma del amor,
este monstruo que vaga por los cerros
—pájaro, orquídea,
duende del monte, sapucái, guitarra—.

esta voz que es un viento lleno de hojas,
busca su forma musical,
quiere ser agua,
compartida canción, flor en la tarde.

Yo sé que tu ansiedad me nombra,
selva mía de siempre;
que tus seres más ínfimos:
el insecto que adora la luz en el rocío,
el yuyo indescifrable,
el rastro que olfatea el tigre,
en mi garganta pugnan dulcemente.
Yo sé que allí quieren buscarlos
esas manos transidas de esperanza
que alguna vez,
cuando el agua sea fresca para siempre,
ordenarán su gozo solidario,
su fraternal donaire.

Ahora gimen tus ramas
doradas por la gracia generosa
de nuestra luz

—porque es nuestro este cielo,
tan bajo a veces que las nubes dejan
un ángel en los ojos de la amada—
y yo siento que el río
fluye sin pausa por mi voz
cantando.

Material digitalizado exclusivamente con fines educativos, culturales y de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

DUODECIMO POEMA

ESTA noche en la orilla,
en esta orilla roja
de mi tierra y mis muertos de tabaco,
febril como una estrella
que en la corriente se repite herida,
soy de nuevo tu amante solitario,
oh río manantial,
pasión del agua entre las altas piedras,
criatura indestructible de tu propia
blancura en rebeldía.

Ante tu vivo espejo,
por mirarse la selva se detiene,
acerca sus rumores,
su ansiedad milenaria,
la hermosura del árbol junto al árbol:
Narciso puro,
selva inmortal donde la orquídea crece
y trepa el isipó y orna el lapacho
con el aire de octubre más florido
su recio tronco.

Así es la noche en plenitud, la tibia
soledad compartida,
la sombra que protege
mi pétalo de luz, lo que perdura
porque hiera tu clara persistencia.

Mírame: soy la rama enardecida
que sumerge en tus olas
este temblor, esta minúscula hoja
que mide fervorosa sobre el agua
la duración del beso.

Traigo la misma sed
que hace vagar al tigre sigiloso
por la arena nocturna,
y el éxtasis violeta,
crepuscular, del cielo en las barrancas
cuando la luz ya es sólo
desmemoria del aire.

Vengo a besar sin pausa, largamente,
tus ondas como senos
puros y temblorosos
y a hundir mis ojos en tu piel translúcida,
como se mira ese aire
de soledad en que la amada duerme,
frágil, velada por el dulce enigma
del eterno desnudo.

Vengo a nombrarte para siempre río,
¡oh gracia sin desmayo,
lúcida vena en cuyo ritmo el mundo
resuelve su figura,

cuerpo del agua misterioso, claro,
cálido, tierno
cuerpo de amor que nunca se detiene
ni repite su entrega!

INDICE

El río 7

1

PRIMER POEMA

Corre el agua asombrada de su nombre 11

SEGUNDO POEMA

Inclinado a la tierra, requerido 15

TERCER POEMA

Mensú asesinado 19

CUARTO POEMA

Cuando la sombra deja sobre el agua 23

61

2

QUINTO POEMA	
Llegaste junto al río	29
SEXTO POEMA	
Polca	33
SÉPTIMO POEMA	
Busco el amor	37
OCTAVO POEMA	
No me niegues tu liquido instrumento	41

3

NOVENO POEMA	
Cuando la muerte cae sobre la tierra	45
DÉCIMO POEMA	
Me está doliendo el canto	49
UNDÉCIMO POEMA	
Hoy siento que mi voz perdura	53
DUODÉCIMO POEMA	
Esta noche en la orilla	57

62

Material digitalizado exclusivamen-
te con fines educativos, culturales y
de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES

Terminóse la impresión de
este libro el 22 de julio de 1950.
Año del Libertador Gral. San Martín,
en Impresiones EL SOL, S. R. L.,
Jujuy 729, Buenos Aires.

Material digitalizado exclusivamen-
te con fines educativos, culturales y
de investigación.



PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

BIBLIOTECA
PÚBLICA DE
LAS MISIONES



\$ 4.- m/n.

